

ración que ha de ser necesariamente panorámica, es que entremos en la estimación de aquellos trazos más marcados que caracterizan a la mujer del ambiente sirio-caldéo, egipcio, mediterráneo insular, persa o heteo. Porque hemos de desglosar —obligatoriamente— todo el mundo clásico de nuestra consideración de hoy, dejándolo para el ensayo siguiente.

Vamos a hablar, pues, de las mujeres que convivieron con Abraham, con Asurbanipal, o con los antiquísimos faraones egipcios, o asistían a las corridas de toros en Creta.

REINAS. PRINCESAS. GRANDES DAMAS

Ningún historiador ha intentado todavía explicarnos de qué modo de las pastoras nómadas o de los agricultores que se dobaban sobre el arado egipcio, surgieron las clases que se entregaron al cuidado de su propio cuerpo y al refinamiento, a las molicias corporales y espirituales. Pero lo cierto es que en el paso de los milenios, del hirsuto individuo y su compañera, que vagaban sin destino mejor que el de encontrar el sustento, sale el hombre limpio, que ama el agua, que gusta de embellecer la casa donde duerme, que, junto a los sembrados de plantas útiles, coloca los arriates de flores y los mazicos de policromos pétalos. Cierto que todo se ha realizado en la Protohistoria, pero también que culmina en los siglos interminables del Mundo Antiguo, para hallar su clasicismo —es la época que llamamos *clásica* por excelencia— en tiempo greco-romano.

Aparecen en los tiempos dinásticos egipcios, en los imperiales de Asia y de Persia, y en los monárquicos de Creta, las reinas, las princesas y las grandes damas. Las encontramos también entre los heteos de Bogaz-Keui, y llegaremos con ellas hasta la corte de Creso, el rey del oro. ¿Cómo han surgido estas mujeres refinadas, que depilan sus cejas, que

platan sus labios o ungen su cuerpo con aceites olorosos, rodeadas de sedas y servidores? ¿Cómo ha llegado la Humanidad a poseer reinas como Nipsesit o Semiramis, princesas como Tij y grandes damas como las que vemos representadas en los relieves egipcios o en las pinturas cretenses?

La sociedad ha llegado a estas aristócratas antiguas por el camino de la idea dinástica y de la aparición de la idea de la mujer *objeto de lujo*, valga la frase. Lo uno y lo otro descansan sobre las bases sociales de la estabilización. La idea dinástica nace de la fijeza familiar y la vinculación del poder a una transmisión hereditaria. La Mujer, en este caso, es la depositaria —ya lo dijimos otra vez— de la semilla familiar, la que garantiza la legitimidad visible de la que no se puede dudar, ya que lo que es siempre comprobable es la maternidad del futuro jefe, del futuro monarca. Los miembros femeninos de una familia, de una dinastía, están unguados por esta sacra condición, y, viviendo en las capas superiores y de mando, gozarán de todos los beneficios de la riqueza y del respeto. Lo otro viene como consecuencia. De este modo se «clasifica» la sociedad de un modo visible, y así como un usurpador, un hombre atrevido, puede hacerse con el poder —para igualmente poder ser derrocado, asesinado o depuesto—, la mujer queda fijada en su categoría, en su función.

LABRADORAS. MADRES. ARTESANAS

Pero la sociedad no vive solamente de estas grandes damas, para las que ya no es un secreto el arte del embellecimiento, sino que se mantiene y perdura a base de las otras, que cumplen la misión conservadora de la familia en el ámbito innúmero de todo el pueblo. Son estas mujeres las que guardan el secreto —también importante— de las artesanías domésticas, del arreglo de la casa, del